

MAGIC
ELSA

¡malvenidas, brujas!

¡ESTE LIBRO
TE HECHIZARÁ!



Ilustraciones de
ASHLEY KING

B Bruño



B Bruño

Título original: *Witches (Un)Welcome!*
publicado por primera vez en el Reino Unido
por Simon & Schuster UK Ltd,
una compañía de CBS
Texto: © Kaye Umansky, 2019
Ilustraciones de cubierta e interior: © Ashley King, 2019

Traducción: © Roberto Vivero, 2022

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Edición: María José Guitián
Preimpresión: Pablo Pozuelo

ISBN: 978-84-696-6659-3
D. legal: M-7098-2022
Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

www.brunolibros.es





¡malvenidas, brujas!

KAYE UMANSKY



Ilustraciones de
ASHLEY KING

B Bruño



Para Ivy-Rose, Orlaith
y Nainsi.



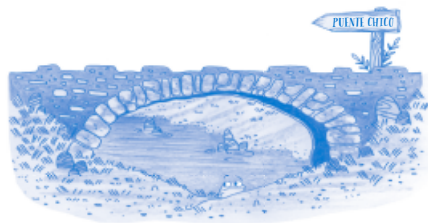
LAS NORMAS CAPUNTAS PARA LA ATENCIÓN AL CLIENTE

1. SÉ AMABLE
2. HAZ COMO QUE EL CLIENTE SIEMPRE TIENE LA RAZÓN
3. ESCUCHA CON ATENCIÓN
4. DALE CONVERSACIÓN AL CLIENTE
5. SÉ COMPRENSIVO
6. USA UN TONO DULCE CON LOS CLIENTES DIFÍCILES
7. SÉ SIEMPRE ÚTIL
8. MANTÉN LA TIENDA ABIERTA TODAS LAS HORAS POSIBLES
9. TEN SIEMPRE PAÑUELOS DE PAPEL A MANO
10. ADULA A LOS CLIENTES
11. HAZ QUE EL CLIENTE SE FIJE EN LAS OFERTAS
12. NUNCA MUESTRES SORPRESA
13. NUNCA TE QUEDES SIN DINERO SUELTO
14. CONCÉNTRATE EN LO QUE HACES, NO PIERDAS EL TIEMPO
15. INSISTE Y SÉ PESADO SOLO COMO ÚLTIMO RECURSO
16. PRESENTA LAS COSAS DE MANERA VISTOSA
17. NO DISCUTAS CON LOS CLIENTES
18. NUNCA GRITES
19. NO PIERDAS EL SENTIDO DEL HUMOR

LAS TRES REGLAS MÁGICAS DE MAGENTA TORMENTA

1. Lee la receta
2. Síguela
3. Haz que funcione

También ayuda
tener *el toque*.



ALGUNAS COSAS QUE DEBES SABER ANTES DE EMPEZAR A LEER...

Hay tres cosas muy importantes que necesitas saber acerca de Elsa Capuntas:

1. Elsa vive en Puentechico, una aburrida ciudad en el campo con un puente pequeñajo. A los habitantes de Puentechico no les gusta la magia. Lo que les gusta es una vida sin sorpresas ni preocupaciones. Una vida... ¡aburrida! Tienen normas sobre el ruido, las comidas, la ropa, el trabajo y la hora de acostarse. La gente solo puede hacer cosas diferentes los días de fiesta. E incluso entonces los fuegos

artificiales deben terminar a las diez de la noche. ¿Aburridos? Nooo. ¡Lo siguiente!

2. Elsa ayuda a su padre, el señor Capuntas, en el Emporio Capuntas, la pequeña tienda familiar, que se encuentra en una calle apartada y que está llena de cosas baratas y aburridas.

La gente va allí para hablar y para no gastar mucho.

A diferencia de otras tiendas, no te meten prisa. Eso se debe a que el señor Capuntas se toma su trabajo muy en serio. Elsa se sabe de memoria sus normas y siempre que puede las aplica. Hay cosas peores que trabajar con tu padre. Pero hace poco empezó a desear algo que hiciese su vida un poco más interesante, como en los libros. Algo *diferente*. Y entonces Magenta Tormenta llegó a la ciudad e hizo que todo fuese *diferente*. Porque ahora...

3. Elsa está aprendiendo a ser una bruja. No se lo esperaba, la verdad. Sucedió tras la visita de Magenta.

Conocida por los lugareños como «esa Bruja Roja», a la gente no le gusta por las siguientes razones:

1. Es una bruja.

2. Viste siempre de rojo. Si eres una bruja, por lo menos vístete de negro como todas las brujas.

3. Ni nació ni se crio en Puentechico. Se da aires de grandeza.

4. Siempre la acompaña el mal tiempo. Y lo hace a propósito.

5. Vive en el bosque Dedotorcido, un lugar salvaje y sin ley.



6. Su casa es una misteriosa torre de la que se rumorea que *¡cambia de lugar!* Las torres que se desplazan van contra las ordenanzas urbanísticas de Puentechico.

Sin embargo, a Elsa le parece que Magenta es fascinante. Después de su primer encuentro fue a cuidar la torre mientras Magenta estaba fuera. *Fastidio*, un perro callejero, la acompañó para asegurarse de que estaba bien (y también porque pensó que Elsa podría darle salchichas, su comida favorita) y ahora la quiere con locura. Durante el día anda por ahí divirtiéndose, pero por la noche duerme delante de la puerta del Emporio.



(No quiere entrar porque en el fondo sigue siendo un perro callejero).

Otras cosas importantes que debes saber son las siguientes:

MAGIA

Elsa no tenía la intención de hacer magia. Pero ahora que ha empezado, no quiere parar. Por supuesto, la magia es impredecible y las cosas no siempre salen como se planean. Pero Elsa tiene el toque para la magia.

LA TORRE

La torre es maravillosa. A veces parece que está viva. Tiene una despensa mágica que produce tartas sin parar, un armario con ropa nueva, un hechizoscopio en el tejado con el que puedes espiar a los vecinos (incluidas las Hermanas Aulladoras, dos dulces ancianitas con cola de lobo y cierta pasión por los cubos) y una habitación con



estrellas y un timón para mover la torre. (En realidad, se trata de una ilusión, pero a la torre le gusta montar numeritos).

CORVUS

Corvus es el típico cuervo que incluye toda buena torre. Es un gruñón y se cree superior a los demás pájaros, sobre todo a las palomas. Pero Elsa sabe cómo tratarlo.

JOY Y SILVINA

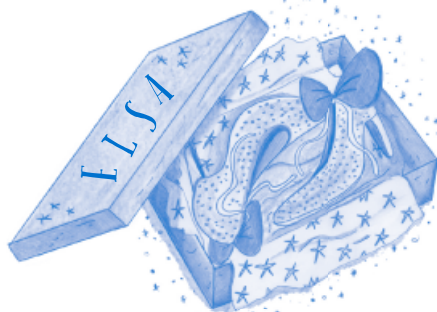
Mientras trabajaba en la torre, Elsa se hizo amiga de Joy, el joven cartero, y de Silvina Mantoverde (su verdadero nombre es Ani Peluquen), quien se viste como un hada de los bosques y baila descalza bajo la luz de la luna, aunque probablemente no debería. Al final de su semana en la torre, Elsa regresó a su casa



con una bolsa repleta de oro, un par de zapatos mágicos bailarines y un montón de trucos de magia que tenía que mantener en secreto para que la gente de Puentechico no la criticase despiadadamente.

Su vida volvió a la normalidad... Se sucedieron días aburridos... Semanas... Meses...

Y entonces, el Primero de Mayo, uno de los pocos días divertidos del año, ¡la Bruja Roja apareció de nuevo! Esta vez quería que Elsa se encargase del correo con los



pedidos de su negocio, M. Tormenta, conjuros en venta, que, por cierto, no iba nada bien. Se acumulaban las quejas de los clientes, había una lista interminable de pedidos y el carácter de Magenta lo empeoraba todo. Pero Elsa la ayudó y, de paso, aprendió algo más de magia. Así que disfrutó de otra fantástica semana en la torre, salvó el negocio, aprendió nuevos conjuros, visitó un bazar mágico, puso a un malhumorado genio en su sitio y se las tuvo que ver con una estampida de extraños animales.



Elsa también aprendió a *tomar un atajo*. Así es como las brujas llaman a desaparecer de repente y aparecer en otro lugar. Un truco muy útil.

Y ahora que hemos terminado con las cosas importantes, vamos a ver qué le espera a Elsa en esta ocasión...





Capítulo uno
**NO LO HAGAS
CON DEMASIADA FRECUENCIA**

—**E**l problema es que lo hago con demasiada frecuencia —le dijo Elsa a Joy.

Era un soleado sábado y acababa de abrir la tienda. Elsa y Joy hablaban apoyados en el mostrador. *Fastidio* estaba sentado a la puerta con la mirada puesta en sus más queridos amigos. El padre de Elsa planchaba su delantal en el piso de arriba.

Joy había ido a entregar el correo —un par de facturas y poco más—, pero más bien era una excusa para ver a Elsa. Puen-



PAGUE
aquí

techico no pertenecía oficialmente a su distrito. Por lo general, se quedaba en el bosque Dedotorcido. Elsa gritó de felicidad cuando levantó la persiana y lo vio al lado de *Fastidio*.

Siempre se alegraba de ver a Joy. Era uno de los pocos con los que podía hablar sobre magia. Al vivir en el bosque, veía las cosas de manera diferente a como las veían los habitantes de Puentechico.

—¿Cómo lo haces? —preguntó el chico—. ¿Es fácil?

—Mucho. Cierras los ojos, imaginas a dónde quieres ir, piensas la palabra secreta ¡y ahí estás!

—¡Genial! Y la mar de útil. Si pudiese, yo lo usaría constantemente. ¿Cuál es la palabra secreta?

—No te la puedo decir. Una bruja te la tiene que susurrar al oído.

—Bueno, tú eres una bruja, ¡susúrrame-la!

—Todavía estoy aprendiendo. Y no solo se trata de la *palabra*. Tienes que ser capaz de imaginar con todo detalle a dónde quieres ir.

—Vaya, eso no se me daría bien —dijo Joy—. Nunca presto atención a lo que me rodea. Cuando me aburría, solía hacer la ronda con los ojos cerrados. Aunque eso fue antes de que *Vesta* empezara a hacerme compañía.

Miró con cariño la cesta de alambre que se encontraba a sus pies. Ahí estaba, como una cesta de la compra cualquiera, pero en realidad tenía algo especial. Parecía... *alerta*. Impaciente. Como si esperase que alguien le lanzara una pelota.

Joy se había enamorado de aquella cesta en un inolvidable viaje a un fabuloso cen-

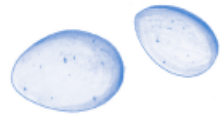
tro comercial llamado Bazar Mágico en el que todas las cestas flotaban. Se la había llevado a casa porque, según dijo, sería de gran ayuda en su trabajo. Pero la verdad es que pensaba que sería muy divertido estar con ella. Siempre tenía ganas de jugar. Y sabía hacer piruetas. ¡Y tenía carácter! Nadie sabía por qué la había llamado *Vesta*.

—En cualquier caso —comentó Elsa—, lo estoy dejando. Se acabaron los *atajos*. Magenta dice que es de vagos.

—Pero ¿qué tienen de malo? Yo los usaría; ya he caminado para varias vidas.

—Imagino que quería decir que no hay que abusar de la magia porque es demasiado fácil —respondió Elsa—. Algunas cosas hay que hacerlas lenta y normalmente.





Como preparar una sopa, subir las escaleras o arreglar tu habitación.

Tomar atajos no era lo único que Elsa sabía hacer. También dominaba otros tres hechizos: baño de huevos, lluvia de ranas y tormentas en tazas de té.



Eran los primeros que había aprendido y los hacía a la perfección e incluso con divertidas variaciones. Al mismo tiempo, experimentaba con nuevos hechizos. Por supuesto, lo hacía donde nadie pudiese verla. Puentechico no estaba de acuerdo con esas cosas.

Pero...

El otro día, solo para divertirse, estaba haciendo una diminuta tormenta en una taza de té y el señor Vinagres la descubrió. No era uno de sus clientes favoritos, no. Su personalidad se co-



rrespondía con su nombre. Había dedicado tanto tiempo a elegir su apasionante compra (una caja de cerillas) que Elsa se olvidó de que aún estaba en la tienda. Tosió varias veces para tapar el ruido de la pequeña tormenta y la deshizo con un chasquido de dedos. Pero el señor Vinagres lo había visto todo.

Otra vez, sola y aburrida en la tienda, Elsa había creado tres ranitas y las puso sobre el mostrador. Una usaba gafas,



otra llevaba un bolso y la tercera tenía un sombrero de paja y tocaba la guitarra. Lo de las ranas se le daba muy bien. Levantó la cabeza y vio a la señora Ronquidos. Su boca era una enorme y horrorizada O. Elsa trató de convencerla de que se trataba de un efecto de la luz, pero no sirvió de mucho.

En otra ocasión había hecho aparecer de la nada un huevo de chocolate para que Dudu, su hermano pequeño, dejase de llorar, y la gente que estaba en la cola de la carnicería la miró atónita.

La magia se había convertido en algo tan automático que a veces Elsa olvidaba que tenía que ser un secreto.

—*No lo hagas con demasiada frecuencia*—le aconsejó Joy—. Es lo que se suele decir sobre las cosas divertidas. No tomes caramelos con demasiada frecuencia. No te acuestes tarde con demasiada frecuencia.

No tomes helado en el desayuno con demasiada frecuencia. No pidas un camello con demasiada frecuencia.

—¡Exacto! ¿¿Pedir un *camello*?!

—Bueno, desde que tengo a *Vesta* ya no lo quiero.

—Hum... En fin. ¿Cómo van las cosas en el bosque? ¿Cómo están Magenta, *Corvus* y Silvina?

—Desde que te fuiste solo he ido a la torre una vez —respondió Joy—. No han recibido correo y a Su Brujedad no le gustan las visitas.

—¿No han recibido correo? —se extrañó Elsa—. ¿Nada de nada?

—Nada. Un par de días después de que te marchases Magenta me llamó. Me dio un montón de cartas para que las enviara, gritó algo así como que *ya estaba harta* y me cerró la puerta en las narices.

—¡Uf! Seguro que eran cartas en las que les decía a los clientes que *M. Tormenta, conjuros en venta* había cerrado y que, por lo tanto, la dejaran en paz.

M. Tormenta, conjuros en venta era un nombre estupendo para un negocio de venta por correo de productos mágicos. La idea era que los clientes recibiesen rápidamente en sus casas productos mágicos a buen precio. Sin embargo, en realidad era un caos sin orden ni concierto, y además Magenta no tenía paciencia para llevar un negocio. Sus conjuros eran excelentes, pero casi nunca llegaban a los destinatarios porque los paquetes iban sin sellos, explotaban o simplemente desaparecían. Cuando las quejas empezaron a multiplicarse, Magenta se puso hecha una furia.

—Lo siento, Elsa —dijo Joy—. Después de todo lo que hiciste...

—Sí, lo dejé todo organizado.

—Lo sé.

—Se pagaron las facturas, los pedidos se pusieron al día y la Junta de Magos no le retiró la licencia.

—Lo sé.

—Me aseguré de que Magenta pudiese hacer los siguientes pedidos. Y *Corvus* podía ayudarla. Solo debía seguir preparando los nuevos pedidos en lugar de tirar al fuego las cartas de los clientes.

—Ya conoces a Su Brujestad —contestó Joy—. Acaba por aburrirse. De repente pierde todo interés. Pero ahora parece que se aburre de no hacer nada. *Corvus* dice que es imposible vivir con ella.

—¿Has visto a *Corvus*? —preguntó Elsa.

—Ayer. Me divisó mientras hacía mi ronda y se acercó volando para que compartiese con él mis sándwiches.



—¿Y a Silvina la has visto?

—Hace bastante tiempo. Está de visita en casa de su abuela.

—Eso está bien.

—No mucho. Su abuela es muy estricta. Le dice que deje de hacer el ridículo y que sustituya su nombre inventado por el de siempre. La obliga a ponerse ropa normal y corriente y a no llevar flores en el pelo. Le ha prohibido andar descalza, bailar bajo la luz de la luna y hablar sobre unicornios. Y no le permite comer tarta.

—¡Pobre Silvina! Todo lo que más le gusta —lamentó Elsa—. Hablar, bailar, los unicornios y las tartas.

—Bueno, tengo que irme a casa y arreglar a *Vesta*. Tiene un alambre suelto y flota de lado —dijo Joy dándole un cariñoso golpecito con el pie a la cesta—. Enséñale a Elsa tu alambre suelto, anda.

Vesta dio un salto y flotó en el aire tambaleándose ligeramente.

Entonces se oyeron pasos que bajaban por las escaleras del ático. El señor Capuntas, el padre de Elsa, iba a trabajar con el delantal que acababa de planchar, en el que se leía:

Emporio Capuntas

Donde la atención
al cliente es
lo primero



Vesta descendió al suelo y se quedó inmóvil. Puentechico no era el lugar ideal para que las cestas demostrasen sus habilidades aéreas.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Mira quién está aquí! —exclamó el señor Capuntas—. ¿Nos has traído el correo? Hemos ganado la lotería, ¿verdad? ¿Somos millonarios?

—Hola, señor Capuntas —lo saludó Joy—. ¡Ja, ja, ja! No, me temo que no.

—¿Ni un mensaje de Cierta Persona que necesita los servicios de Elsa?

El señor Capuntas echaba de menos a su hija cuando esta iba al bosque en lo que él llamaba *excéntricas excursiones* y regresaba con nuevas y divertidas ideas. Pero, por otro lado, Elsa se divertía y su padre no podía negar que pagaban muy bien su trabajo.

—Nada, señor Capuntas —contestó Joy—. Solo me he acercado a saludar.

—Bueno, pues me alegro de verte, jovencito. ¿Necesitas algo? ¿Clavos? ¿Jabón? ¿Un lápiz con goma? ¿Quizá un bonito jarrón para tu madre? —preguntó mientras señalaba una pila de horribles jarrones verdes.

—No, gracias, señor Capuntas. Ya tiene uno. Bueno, me marchó. Chao, Elsa.

Cogió a *Vesta* del asa como si fuese una cesta corriente y moliente y cuando salió, sonó la campanilla de la puerta.

Elsa dio un suspiro. Ver a Joy le recordó todas las cosas que echaba de menos. Si pudiese hacer una lista, se parecería a esta:

ECHO DE MENOS...

A mis amigos

Vivir en una torre mágica en el bosque

A *Corvus*

A los genios, los elfos y las ancianas
con cola de lobo
Una habitación solo para mí
Una cama solo para mí
Tarta para desayunar
Ayudar a Magenta
Experimentar con la magia

En ese momento, todas esas cosas parecían muy muy lejanas.